

LIBRO TREINTA Y DOS.

Erfurt.

Hallándose Napoleón viajando por las provincias meridionales del imperio, recibe la noticia y el tenor de la capitulación de Bailen. —Esplosión de sus sentimientos á consecuencia de esta noticia. —Orden para arrestar al general Dupont á su regreso á Francia. —Cumple Napoleón la palabra empeñada de visitar la Vendée, y es recibido por los habitantes con el mayor entusiasmo. — Llegada de Napoleón á París el 14 de agosto. —Irritacion y audacia del Austria, provocados por los acontecimientos de Bayona. —Esplicacion con Mr. de Metternich. —Empeño de Napoleón en obligar á la corte de Viena á que manifieste sus verdaderas intenciones, antes de tomar un partido definitivo sobre la reparticion de sus fuerzas. —Viéndose obligado Napoleón á retirar de Alemania parte de sus tropas aguerridas, consiente en evacuar el territorio de Prusia. —Condiciones de esta evacuacion. —Necesidad que experimenta Napoleón de estrechar mas que nunca sus relaciones con la Rusia. —Deseos frecuentes del emperador Alejandro por tener una nueva entrevista con Napoleón, á fin de entenderse con él de una manera directa sobre los asuntos de Oriente. —Designase á Erfurt para esta entrevista, y fijase para fines de setiembre. —Preparativos para hacerla lo mas ruidosa posible. —Napoleón, entre tanto, toma sus precauciones militares previniendo todos los resultados que pudiese tener aquella. —Estado de las cosas en España mientras Napoleón se halla en París. —Operaciones del rey José. —Distribucion que hace Napoleón de sus fuerzas. —Tropas francesas é italianas, dirigidas desde el Piamonte sobre Cataluña. —Partida de los cuerpos del ejército primero y sexto de la Prusia para España. —Marcha de todas las divisiones de dragones en la misma direccion. —Esfuerzos para reemplazar en el gran ejército las tropas distraidas de él. —Nuevo alistamiento de tropas. —Gastos de armamentos. —Medios empleados para contener el descrédito de

los fondos públicos.—Efectos que producen en diferentes capitales las manifestaciones diplomáticas de Napoleón.—Intimidada el Austria, empieza á demostrar mas moderacion.—La Prusia acepta con satisfaccion la evacuacion de su territorio, é invoca una nueva rebaja en los impuestos pecuniarios.—Diligencia extraordinaria del emperador Alejandro en dirigirse á Erfurt.—Oposicion de su madre hácia este viage.—Llegada de los dos emperadores á Erfurt en 22 de setiembre de 1808.—Estremada cortesía de sus relaciones.—Afluencia de soberanos y de personajes ilustres, asi civiles como militares de todas las capitales.—Espectaculo magnífico dado á la Europa.—Ideas políticas que Napoleón se propone que prevalezcan en Erfurt.—Substituyese la quimera de la division del imperio turco, con la donacion inmediata á la Rusia de la Valaquia y de la Moldavia.—Efecto que produjo esta donacion en el animo de Alejandro.—Corresponde este á las miras de Napoleón, pero al conformarse con menos, quiere obtenerlo mas pronto.—Ardor que manifiesta por poseer las provincias del Danubio, escitado mas y mas por la impaciencia de su antiguo ministro, Mr. de Romanzoff.—Acuerdo de los dos emperadores.—Satisfaccion reciproca y fiestas brillantes.—Llegada de Mr. de Vincent, representante del Austria, á Erfurt.—Situacion falsa en que lo colocan Alejandro y Napoleón.—Después de ponerse de acuerdo ambos emperadores, convienen en que se escriban los puntos acordados verbalmente.—Deseando Napoleón que de la entrevista de Erfurt saiga la paz, quiere dar principio por hacer declaraciones pacíficas á la Inglaterra.—Alejandro consiente en ello, con tal que no se difiera su toma de posesion de las provincias del Danubio.—Dificultades de redactar el tratado de modo que satisfaga á ambos.—Tratado de Erfurt, firmado el 12 de octubre.—Deseando Napoleón complacer á Alejandro concede á la Prusia una nueva reduccion de sus contribuciones.—Primera idea de un matrimonio entre Napoleón y una hermana de Alejandro.—Disposiciones que manifiesta acerca de este punto el joven czar.—Contentamiento reciproco de los dos emperadores, y separacion de ambos el 14 de octubre, después de darse ostensibles pruebas de afecto.—Partida de Alejandro para San Petersburgo, y de Napoleón para Paris.—Llegada de este á Saint-Cloud el 18 de octubre.—Últimas disposiciones suyas antes de restituirse al ejército de España.—Tranquilizado por algun tiempo respecto al Austria, saca de Alemania un nuevo cuerpo de ejército, que es el quinto.—Conversion del gran ejército en ejército del Rhin.—Composicion y organizacion del ejército de España.—Partida de Berthier y de Napoleón para Bayona.—Estancia de Mr. de Romanzoff en Paris para continuar las negociaciones entabladas con la Inglaterra á nombre de la Francia y de la Rusia.—Acogida que tuvo en Londres el mensaje de los dos emperadores.—Esfuerzos de Mrs. de Champagny y de Romanzoff para eludir las dificultades suscitadas por el gabinete británico.—Temiendo la Inglaterra desalentar á los españoles y á los austriacos, rompe de improviso las negociaciones.—Respuesta

acre del Austria á las comunicaciones procedentes de Erfurt.—Por el tenor de los manifiestos de diversas cortes, presúmese que la campaña de Napoleón en España será corta.—Combinaciones suyas para hacerla decisiva.

Napoleón habia pasado en Bayona y en los departamentos situados al pie de los Pirineos los meses de junio y julio, durante los cuales habian ocurrido los acontecimientos que acabamos de referir. Sucesivamente habia visitado á Pau, Auch, Toulouse, Montauban, y Burdeos, siendo festejado por todas partes, y en todas partes recibido con trasportes de júbilo por poblaciones siempre dispuestas á manifestar su entusiasmo á cualquier príncipe que se presenta en sus hogares y entretiene su ociosidad; pero las cuales se mostraban en esta ocasion mas ávidas que de costumbre, por ver al príncipe extraordinario que escitaba con tan justos títulos su curiosidad y su admiracion. Los vascos le festejaron ejecutando á presencia suya sus graciosas y pintorescas danzas, y Tolosa se apresuró á mostrarle la impetuosidad ordinaria de sus sentimientos. En aquellas provincias sabíase por entonces poco ó nada acerca de los acontecimientos de España, porque Napoleón no permitia publicacion alguna contraria á sus miras. Esto no obstante, habíase llegado á susurrar, merced á las inevitables comunicaciones que pasaban de una vertiente á otra de los Pirineos, que Aragon se habia insurreccionado, y que el entronizamiento de José ofrecia grandes dificultades. Pero asi y todo, considerábase de poca importancia la resistencia que la infortunada Península, debilitada y abatida á causa del periodo de veinte años de un

mal gobierno, podia oponer al vencedor del continente, engañándose como se engañaba éste, y formando una idea errónea acerca de lo que debia ocurrir al otro lado de los Pirineos. Proseguíase en todas partes considerando á Napoleon como el emblema del triunfo, del poder y del genio, y á lo sumo habia algunos realistas tenaces, que iluminados por su odio, predecian, sin saberlo, las desgracias de que la España iba á ser origen. Las masas, empero, apresurábanse á seguir con estrepitoso entusiasmo los pasos del restaurador del orden, de la religion, y de la grandeza de la Francia, y le creian feliz, aunque ya empezaba á no serlo, y habia penetrado un rayo de trizeza en su temerario é intrépido corazon.

Al dejar Napoleon á Bayona, habia perdido ya casi todas sus ilusiones sobre los asuntos de España, mediante á que para entonces ya conocia á fondo la estension y la violencia de la insurreccion, y se hallaba informado de la retirada del mariscal Moncey, de la resistencia tenaz de Zaragoza, y de las dificultades que se oponian al general Dupont en Andalucia. No desesperaba, empero, del todo, porque para entonces ya habia tenido noticia de la brillante victoria alcanzada por el mariscal Bessieres en Rioseco, de la entrada de José en Madrid, de los numerosos refuerzos enviados á Dupont, y de los grandes preparativos hechos delante de Zaragoza, y en esta atencion, lisonjeábase, de que el mariscal Bessieres, aprovechando sus ventajas, rechazaria hasta Galicia á los insurgentes del Norte; de que el general Dupont, reforzado con tan considerable número de tropas, rechazaria igualmente hasta Sevilla, y aun

hasta Cádiz quizás, á los sublevados del Mediodia; de que Zaragoza caeria en nuestro poder de un dia á otro, y de que con los regimientos aguerridos, en fin, que iban llegando, se reforzarian suficientemente nuestros diversos cuerpos de ejército para terminar poco á poco la obra de la sumision de España. Un triunfo sobre el Guadalquivir, semejante al que habíamos alcanzado en Rioseco, bastaba para que estos brillantes resultados sustituyesen á aquellos cuyo triste cuadro acabamos de trazar. Desgraciadamente, empero, habia que inscribir en la sangrienta y heroica historia de la época, en vez del nombre de otro Rioseco, el nombre de Bailen! Respecto á Portugal, hacia ya mas de un mes que no se sabia nada, absolutamente nada.

Napoleon pasó en Burdeos los tres primeros dias de agosto, y en esta ciudad fué donde recibió la noticia de la catastrofe, eternamente deplorable, ocurrida en Bailen. El dolor que esperimentó al hacerse sabedor de ella, la humillacion que sufrió al ver mancillado el lustre del ejército francés, y los arrebatos de cólera á que se entregó en un principio, no pueden describirse. Su recuerdo quedó profundamente grabado en la memoria de los que se hallaban á su lado, y mas de cien veces he oido referir lo que pasó de su propia boca. La pena y el enojo que demostrara entonces Napoleon, sobrepujaron con mucho á la cólera que se apoderó de él en Boloña, cuando supo que el almirante Villeneuve rehusaba ir á la Mancha: lo cual se concibe muy bien, mediante á que al sentimiento de una derrota se agregaba el de un baldon deshonoroso, el primero que mancillaba sus gloriosas banderas. Carlos IV y Fernan-

do VII se hallaban ya bien vengados. Los espíritus piadosos de todos los siglos han creído que despues de esta vida hay otra en la que se renueva el bien y el mal, y muchos de los sabios han considerado esta creencia como muy conforme al designio general de las cosas. Pero hay ademas de estas una reflexion que todos los observadores profundos han hecho, á saber; que durante esta vida se encuentra tambien en los acontecimientos una remuneracion del bien y del mal. El que peca contra el buen sentido, contra la razon y contra la justicia, suele encontrar bien pronto por acá abajo un justo y primer castigo, el cual se reserva Dios sin duda alguna completaren la otra vida en la cuenta que tiene abierta lo mismo á los dueños de los imperios, que al pastor mas humilde de ganados.

Comprendiendo Napoleon al primer golpe de vista toda la importancia del acontecimiento de Bailen, dedujo que era imprescindible que resultase de él la desmoralizacion en las tropas francesas, la exaltacion en las filas de los insurgentes, y consideró ya como inevitable y seguro, antes de que nadie se lo participase, la evacuacion de casi toda la Península. Los despachos que de hora en hora fueron llegando sucesivamente á su poder, le convencieron bien pronto de hasta que punto podian agravarse las consecuencias de este desastre bajo un príncipe bueno á todas luces; pero débil y vano en demasía. Si Murat hubiera sido el rey de España, de seguro se habria apresurado á reunir el resto de sus tropas, y á precipitarse sobre Castaños antes de que éste hubiese tenido tiempo para entrar en Madrid. Pero el rey José, el

débil José, menos por timidez que por ignorancia, se retiraba á toda prisa sobre el Ebro, levantaba el sitio de Zaragoza, cuando se hallaba ya medio conquistada, detenía á Bessieres en su marcha triunfante, y aun no se creía en seguridad resguardado con el Ebro y teniendo un pie sobre las fronteras.

Las consecuencias de este revés en España, aunque en extremo importantes, significaban muy poco, comparadas con la gravedad que debían tener en toda Europa. Los enemigos de la Francia iban á recobrar, merced á él, su valor abatido. El Austria, ocupada constantemente en hacer preparativos de guerra despues de la campaña de Polonia, ficticiamente resignada en virtud del tratado que le devolviera á Braunau, escitada de nuevo por los acontecimientos de Bayona, y sobreescitada por los de Bailen, iba á manifestar bien pronto un ademán amenazador. Su rompimiento aparente con la Inglaterra, obtenido á fuerzas de amenazas, iba á cambiarse en una secreta é íntima alianza con esta nacion. ¡Y en medio de tal estado de cosas, era preciso sacar una parte del gran ejército de las márgenes del Vístula y del Elba para dirigirla sobre el Ebro y el Tajo! Napoleon á causa de su falta, iba á pasar de una situación triunfante á una situación difícil cuando menos, y la cual exigía que desplegase aquel todo su genio para dominarla. Cierto que podría lograrlo, puesto que el gran ejército se hallaba íntegro, y aun podía con él abrumar al Austria, mas que lo desmembrase sacando un grueso destacamento para operar sobre la Península. Pero de árbitro absoluto que era de los acontecimientos en 1807, Napoleon se veía re-

ducido á luchar para dominarlos. Agréguese el que á todas estas circunstancias tan graves se reunía la de la mortificación de su amor propio, puesto que se habia equivocado de una manera tan visible, que nadie en Europa podia dudar de ello. Sus invencibles soldados habian sido batidos: ¡y por quién! por insurgentes sin consistencia alguna: de manera, que ¿cómo podia menos la opinion pública, esa cortesana inconstante, que se congratula en maltratar á los mismos que han sido objeto de sus adulaciones, de exagerar el suceso, callando todo aquello que pudiera contribuir á esplicarlo y atenuarlo, tal como la juventud de los soldados, la influencia del clima, un concurso inaudito de circunstancias desgraciadas, y un momento, en fin, de aberracion en un general de mérito incontestable? ¿Cómo podia menos esa opinion rapaz de no arrebatarse de un golpe la prevision política de Napoleon y el valor heroico de sus soldados? El amor propio y la prudencia se veian igualmente rebajadas en aquel grande hombre, á quien la siniestra noticia acababa de asaltar, y el cual estaba castigado por diferentes modos, castigado de la manera que suele hacerlo la infalible Providencia. Este castigo, sin embargo, pudo no haber sido mas que una amonestacion saludable y Napoleon hubiera triunfado de aquel momentáneo revés, y asaz completamente, para continuar siendo todopoderoso en Europa, si hubiese sabido aprovecharse de aquella primera y cruel leccion.

Respecto al asunto de Bailen sucedió entonces lo que suele suceder siempre: un desgraciado que tenia parte en una serie de faltas, pero nada mas que su parte, pagó por todo el mundo. Profunda-

mente irritado Napoleon contra el general Dupont, y conociendo con su superior talento y golpe de vista extraordinario las faltas militares que habia cometido, y las cuales bastaban para esplicarlo todo. (1) al propio tiempo que aparentando erer todas cuantas suposiciones deshonrosas añadia la malevolencia á este propósito, prorumpió en exclamaciones enérgicas, diciendo que el general Dupont era un traidor, un cobarde, un miserable que habia perdido su ejército por conservar unos cuantos furgones, y que iba á mandar por tanto que lo fusilaran.—Ellos han manchado nuestro uniforme, dijo, refiriéndose á Dupont y á los otros generales, pero será lavado con su sangre.—Y asi diciendo, ordenó que el general Dupont y sus lugartenientes fuesen arrestados en el momento que llegáran á Francia, y entregados al supremo tribunal imperial. Por lo demas, su cólera, sincera en gran parte, era tambien fingida hasta cierto punto, mediante á que queria dar á entender con ella á los que le rodeaban, que no debía atribuirse el cambio imprevisto de los sucesos en la Península á otra cosa que á las faltas de un general, á su

(1) Por la minuta del interrogatorio dirigido al general Dupont por órden de Napoleon, y la cual existe, como ya he dicho, en los archivos de la secretaria de Estado, puede verse el juicio que el segundo formaba acerca del acontecimiento de Bailen y de la conducta observada por el primero. Napoleon comprendió bien las faltas militares, que bastaban para esplicar la catástrofe, pero se dejó llevar de los rumores del momento, y bajo esta impresion formuló el interrogatorio, sin dar entero crédito á los cargos. Algun tiempo despues no creia ni una palabra de semejantes rumores.

presunta cobardía y á sus prevaricaciones. Con lo cual, poco tardó la proverbial bajeza de los cortesanos, plegándose ante la voluntad del dueño, á desencadenarse en improperios y en juicios implacables contra el general Dupont. Este desgraciado general, que como el lector ha visto, solo fué culpable por haberse aferrado á sus perniciosas inspiraciones, y á cuya pérdida concurrieron en Bailen una porción de circunstancias á cual mas desgraciadas, fué víctima de la maledicencia hasta el punto de convertirlo en un cobarde y en un hombre tan falto de integridad, que se le consideraba merecedor del último suplicio. Todas estas indignidades, sin embargo, referentes á aquel infortunado general, no salían del círculo del estado mayor, porque Napoleon, reteniendo cuanto le era posible la rapidez de la fama, había prohibido que se publicase sobre los asuntos de España lo mas mínimo, llevando esta prohibición, con el fin de que no pudiesen sospecharse las dificultades que se oponían á la sumisión de la Península, hasta el extremo de que nada se dijese tampoco sobre la victoria de Rioscco. De manera, que el mariscal Bessieres, á quien se envolvió en esta catástrofe, tuvo el sentimiento de ver el hecho mas brillante de su vida militar, tapado con el mismo velo que cubría el desastres del general Dupont. Pero la prensa inglesa era bastante para difundir de modo que llegase, sino hasta las masas, hasta las clases ilustradas al menos, la noticia de los reveses sufridos por nuestro ejército en España. Por otra parte, el desencadenamiento de la maledicencia se cebó en tales términos, al verlo caído, contra el general Dupont, que despertándose en Napoleon la generosidad

despues del cálculo, exclamó diferentes veces:— ¡Desgraciado! ¡qué caída, despues de lo de Albeck, Halle, y Friedland! ¡Hé aqui lo que es la guerra! ¡Un día, un solo día basta para empañar el lustre de la carrera mas dilatada!—Y contradiciéndose de este modo á sí mismo, repetía que Dupont no había sido mas que un desgraciado, y su genio, descubriendo las duras condiciones de la vida humana, parecia ver su destino escrito en el de uno de sus lugartenientes.

La prudente y culta poblacion de Burdeos dió á Napoleon fiestas magnificas, á las cuales asistió con frente serena, y sin dejar traslucir ninguno de los sentimientos de que se hallaba poseida su alma. A aquellos que, sin osar interrogarle, se aproximaban, sin embargo, en sus conversaciones al gran objeto que le había atraído hácia el Mediodía, deciales que algunos paisanos fanatizados por los curas, y azuzados por la Inglaterra, trataban en efecto de poner obstáculos al entronizamiento de su hermano, pero que *jamás había visto canalla mas cobarde desde que servia*; que el mariscal Bessieres había acuchillado á millares de ellos; que bastaban unos cuantos escuadrones franceses para hacer huir á un ejército entero de insurgentes españoles; que la Península no tardaría en someterse al cetro del rey José, y que las provincias del Mediodía de la Francia, tan interesadas en estar en buenas relaciones con la España, recogerían el fruto principal de aquella nueva empresa. Mientras que se le escuchaba, creíase firmemente cuanto decía, y todo el mundo se mostraba alegre y satisfecho, reservándose el pensar de diferente modo, cuando al dia siguiente se recibían correspondencias comerciales, en las que se habla-

ba de los graves hechos que ocurrían al otro lado de los Pirineos.

Napoleon hubiera querido de muy buen grado dirigirse de una sola tirada desde Burdeos á París, con el objeto de entregarse á las tres ocupaciones que mas urgentes le parecían en aquel momento, á saber: la esplicacion con el Austria, la consolidacion de la union con la Rusia, y la traslacion de parte del gran ejército del Vistula sobre el Ebro. Habia empeñado, empero, su promesa de atravesar por la Vendée, y de no cumplirla hubiera tal vez dado margen á que se creyese, ó que desconfiaba de aquella provincia, ó que traía entre manos negocios tan graves, que se veía obligado á faltar á todos cuantos ofrecimientos tenia hechos. Asi, pues, habiendo ofrecido á los vendeanos que iria á visitarlos, no podia ni queria faltar á semejante cita, mientras nose lo impidiese una absoluta necesidad. Decidióse por tanto á pasar por Rochefort, la Rochela, Niort, Napoleon-Vendée, Nantes, Saumur, Tours y Orleans, dictando sus órdenes desde el camino, recibiendo en cada uno de estos puntos centenares de despachos, y espidiendo otros tantos como los que recibia.

En Rochefort, adonde llegó el 3, fué recibido con el mayor entusiasmo por aquel pueblo enteramente marítimo, cuya gratitud hacia un príncipe, bajo cuyo reinado habia visto redoblarse la actividad de sus arsenales y de sus talleres, era inmensa. Napoleon visitó la isla de Aix, y las obras del fuerte Royard, queriendo examinar por sí mismo aquellos lugares, sobre los cuales estaba dando sin cesar órdenes de la mayor importancia. La curiosidad, la admiracion y la gratitud atraían en su seguimien-

to á los habitantes de las ciudades y de los campos. Desde Rochefort pasó á la Rochela, á Niort, y á Napoleon-Vendée, en cuyas poblaciones todas encontró la acogida mas entusiasta, y fué objeto de las mas lisonjeras aclamaciones. El hombre prodigioso que habia libertado á estas provincias de la guerra civil, el hombre que les habia devuelto la paz, la seguridad, la prosperidad, y el ejercicio de su culto, era para ellos mas que un hombre, era un semi-dios. De modo que Napoleon, castigado recientemente en España por el mal que habia hecho, veíase recompensado en aquel instante por el bien que habia labrado en Francia. Si habia sufrido por sus malas, gozaba al presente por las buenas, y al aspecto que le ofrecía la agradecida y entusiasta la Vendée, disipáronse sus penas casi completamente. Si el mismo Luis XVI hubiera podido salir de la tumba, adonde lo precipitó el crimen del noventa y tres, seguramente no hubiera sido mejor recibido que lo fué Napoleon en aquella provincia. El recibimiento que tuvo en Nantes y en Saumur fué igual al que le hicieron en las demas poblaciones mencionadas; de manera que no cabiéndole ya dentro del pecho el placer que sentía, lo vertió en su correspondencia, asi como impregnó la que escribiera desde Burdeos, de enojo, de cólera, y de precipitadas órdenes.

Entró en París el 14 de agosto por la tarde, víspera del gran aniversario del 15, cuyo dia tenia destinado para presentarse con toda la ostentacion del poder, y con una imperturbabilidad que desconcertase las conjeturas de la malevolencia. Esta ostentacion queria lucirla sobre todo ante el cuerpo diplomático, que se mostraba ganoso de volverlo á

ver y de observarlo, y con el cual se habia propuesto manifestar una actitud tan imponente, y emplear un language que hiciese eco en la Europa entera.

A esta sazón acababa de recibir de Rusia noticias que tranquilizaban completamente su ánimo, y en virtud de las cuales supo que aquella potencia proseguia mostrándose sumisa y favorable á sus designios, en gracia de la recompensa que esperaba sobre los asuntos de Oriente. Las noticias de Austria, en cambio, eran de bien distinta naturaleza. Por esta parte todo presentaba un carácter hostil. Téngase en cuenta que el Austria, enemiga constante nuestra en el fondo, á pesar de las promesas del emperador Francisco en Urschitz, y la cual no se perdonaba el no haber aprovechado la batalla de Eylau para lanzarse sobre el Oder mientras que Napoleón se hallaba ocupado en las márgenes del Vistula, halagada algun tanto por el tratado en virtud del cual se le habia devuelto á Braunau, habia afectado hasta entonces participar, respecto á Copenhague, de la indignacion de las potencias continentales contra la Inglaterra. El Austria, en efecto, habia espedido sus pasaportes al ministro británico Mr. Adair; pero es de presumir que le daría á entender probablemente que semejante interrupcion de relaciones no significaba nada, y que ninguna importancia habia que dar á aquel paso. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que las escuadras inglesas continuaron dejando circular libremente por el Adriático el pabellón austriaco, y que el comercio de los frutos coloniales no se interrumpió ni un solo instante en Trieste. Pero cuando el Austria tuvo noticia del lazo que se habia tendido en Bayona á la familia real de España; cuando supo, sobre todo,

los reveses que habia sufrido nuestro ejército, ya no pudo contenerse mas, y llegó á quitarse casi completamente la máscara. — ¡Véase el fin que aguarda á todas las seculares monarquías del continente! se exclamaba en los salones de la corte de Viena, de la cual se habia apoderado un terror en parte fingido, y sincero en parte. Semejante proceder ha sido un lazo horrible, y demuestra un peligro evidente que debe alarmar á todo el que tenga un poco de prevision, porque todo soberano que ande un poco negligente en cuidar de su defensa, será tratado como Carlos IV y Fernando VIII. — Hasta el mismo archiduque Carlos, mas reservado ordinariamente que los otros, y enemigo menos acérrimo de la Francia, habia exclamado á su vez: — ¡Pues bien! si es preciso moriremos con las armas en la mano; pero no se ha de disponer tan facilmente de la corona de Austria como se ha dispuesto de la de España.

Las noticias llegadas de Roma habian contribuido no poco tambien á exaltar los ánimos en Viena, y á que las lenguas no estuviesen ociosas. Habiendo recibido y ejecutado el general Miollis, segun hemos dicho en otro lugar, la orden de ocupar militarmente á Roma, y no habiendo dejado mas que la autoridad espiritual al papa, éste se habia retirado á su palacio de San Juan de Letran, habia atrincherado las puertas y las ventanas, como si tuviese que sufrir un asalto, encerrándose en él con sus familiares, no queria comunicarse mas que con los ministros estrangeros, decia que se hallaba oprimido dentro de sus mismos estados, que era esclavo en ellos, y víctima de una usurpacion abominable; y protestaba diariamente contra la violencia que le

obligaba á sucumbir. A estos acontecimientos agregábase además la reunion al reino de Italia de las provincias de Ancona, Macerata y Fermo, bajo el título de provincias del *Metauro*, del *Musono*, y del *Tronto*.

Estos hechos habian exasperado al público de Viena casi tanto como los acontecimientos de España, y lo mismo en la corte que en la ciudad se gloraban de la manera mas amarga para nosotros, sin guardarse del embajador de Francia, el general Andreossy. De entre los que proferian las tales glorias, unos creian lo que decian, y se figuraban que Napoleon queria renovar en el continente todas las familias reinantes, al paso que los otros, sin creer ni una palabra, y comprendiendo que el sistema de aquel, calcado sobre el de Luis XIV, podria muy bien estenderse á la Italia y á la España, pero de ningun modo hasta el Austria, repetian, sin embargo, el lenguaje general para sobreescitar á las masas, constantemente crédulas. Todos se hallaban, empero, acordes en decir que era preciso prepararse á defenderse; pero sin atacar, y hasta se llegó tambien á pensar en algo mas que en la idea de la defensiva, cuando se tuvo noticia de los reveses exagerados de nuestros ejércitos. Los preparativos militares que en el Austria se hacian, estaban muy de acuerdo con estas disposiciones morales.

El ejército austriaco se mantenía completo, y merced á los cuidados asiduos del archiduque Carlos, disciplinado, y perfeccionado en su organizacion. No contentándose con este esfuerzo en extremo ruinoso para la hacienda austriaca, acababan de aumentarse estraordinariamente las fuerzas de la monarquía valiéndose de nuevos medios,

algunos de los cuales fueron imitados tambien por la misma Francia. Además del ejército activo, se habia creado un sistema de reserva, el cual consistia en reunir y ejercitar cierto número de reclutas en cada canton, á fin de que se hallasen en disposicion de ingresar en las filas, cuando se creyese necesario. El número confesado era de sesenta mil, y el real y positivo de cien mil, con cuyo refuerzo debia ascender el ejército activo á mas de cuatrocientos mil hombres. Además, bajo el nombre de milicias, cuya organizacion era muy análoga á la de nuestros guardias nacionales, habiase puesto sobre las armas casi toda la poblacion, habiase la regimentado, uniformado y distribuido armas, y se la obligaba á hacer ejercicio diariamente. El pueblo austriaco, ageno constantemente á su gobierno, habiase lisonjeado en cierto modo de que se recurriera á él, y ora fuese por la satisfaccion de que se le estimase en algo, ora por el temor de un peligro exterior, habia acudido á alistarse con una abnegacion estraordinaria. Los nobles, la clase media, el pueblo, todos ofrecieron espontáneamente sus servicios. Los donativos voluntarios de los estados y de los particulares habian proporcionado medios suficientes para equipar aquella masa de hombres, y eso que se calculaba en mas de trescientos mil individuos el número de los que se hallaban dispuestos á hacer un servicio sedentario, y aun activo si menester fuese, para el sostenimiento de la monarquía. Cuatrocientos mil hombres de tropas activas y trescientos mil de sedentarias componian, en proporcion á una poblacion de quince ó diez y seis millones de súbditos que contaria entonces la casa de Austria,

una fuerza enorme, y tal como jamás la habia desplegado hasta aquel tiempo. Era, efectivamente, muy probable, que, merced á un armamento tan general, pudiese presentar en línea trescientos mil combatientes hábiles para la guerra, número que era inmenso, y que ni el Austria lo habia tenido nunca, ni alguna de las potencias enemigas de la Francia. Acabábanse de comprar además catorce mil caballos para la artillería, y de encarregar un millón de fusiles. Mientras que sobre el Inn se desmantelaba á Braunau, hallábanse ocupados en fortificar á Comorn, (Hungria), veinte mil obreros, lo cual probaba que se trataba de hacer una guerra larga y tenaz, y de que en el caso de que fuesen batidos en la frontera, se hallaban dispuestos los austriacos á replegarse al interior de la monarquía, para defenderse con encarnizamiento. Ya empezaban á formarse reuniones de tropas que tenían cierta apariencia de cuerpos de ejército, hácia la Bohemia y la Gallitzia, sin duda con el objeto de hacer frente á las fuerzas francesas sobre el Vístula y el Oder.

La conmocion de la córte se habia ido comunicando poco á poco á todas las clases de la poblacion, y mientras que en las aguas de Tœplitz, de Carlsbad, y de toda la Alemania, se hacia alarde para con los franceses de una arrogante actitud, que no tenían costumbre de manifestar respecto á ellos, en las calles de Viena amenazaba el pueblo á las gentes del general Andreossy, en Trieste habia insultado al cónsul de Francia, y en Istria se asesinaba á nuestros correos en los caminos militares que nos habian concedido. La Alemania, humillada por nuestros triunfos, y hollada por

nuestros ejércitos, empezaba ya á estremecerse de cólera y de esperanza. Indignada y envalentonada á la vez á consecuencia de los acontecimientos de España, ellos fueron causa de que estallaran sus secretos sentimientos.

Aunque contando, como contaba Napo'eon con el apoyo de la Prusia, nada tenía que temer del continente, era con todo tan grave la determinacion de trasportar parte del gran ejército del Vístula sobre el Ebro, y podia reanimar de tal manera á sus enemigos semejante traslacion de sus fuerzas del Norte al Mediodía, que antes de resolverse á ello, quiso obligar al Austria á que se explicara, y saber de una manera positiva á que debia de atenerse. Si el Austria queria la guerra, preferia hacérsela sin pérdida de tiempo, aplazando la represion de la insurreccion española, y hacérsela con todas sus fuerzas, de modo que pudiera pasarse sin la cooperacion de los rusos, acabar con aquella para siempre, y dirigirse en seguida desde el Danubio sobre los Pirineos para someter á los españoles, y obligar á los ingleses á meterse en el mar. Pero esta resolucion solo era para un caso estremado. Preferia no tener que empeñarse en una nueva guerra, porque la guerra, á decir verdad, no era su pasion dominante. La gloria militar, despues de las batallas de Rivoli, las Piramides, Marengo, Austerlitz, Jena y Friedland, no podia ser ya para él origen de un vivo júbilo. La guerra, de allí en adelante, solo debia servirle como un medio para sostener su política, asaz exorbitante por desgracia, y la cual habria exigido todavía numerosos y sangrientos triunfos. Asi, pues, sin ser su ánimo provocar al Austria,